

“EL FANDANGO”: CASIMIRO CASTRO

Felipe Sánchez Reyes*

PRESENTACIÓN

Las pinturas y litografías retratan ambientes, costumbres y épocas, encierran rasgos de los personajes y de su autor que es necesario revelar. Por ello en este trabajo intento desentrañar los secretos que oculta, “El Fandango”, obra de uno de los más importantes litógrafos del siglo XIX, Casimiro Castro (1826-1889), quien testimonió su siglo en imágenes, plasmó escenas cotidianas con tipos populares y ayudó a forjar nuestra nación.

El texto lo dividí en dos partes: en la primera (¡Ay Casimiro, qué miro!) esboqué la biografía del autor desde su lecho de muerte y el recuerdo del baile que presencié y plasmó en su cuadro costumbrista. Y en la segunda (...qué escribo y qué bailo!), hice caminar a sus personajes por las calles de la antigua ciudad, retraté con sus costumbres al aguador, la china, el lépero, la molendera y los músicos, en su ambiente festivo de Semana Santa en el Paseo por el canal de Santa Anita.

* CCH, Azcapotzalco-UNAM.

¡AY CASIMIRO, QUE MIRO!...

Estaba la muerte en cueros/ sentada en un taburete/ en un lado estaba el pulque y en el otro el aguardiente¹... Agujas, alfileres, dedales, tijeras, botones de camisa, bolitas de hiloo?... –Petates de la Pueeebla... Petates de cinco vaaras! Petates de á media y tlaco!²... Jirones de letras y pregones de vendedores arrastra el viento hasta mi lecho. Nace la mañana, estoy acostado entre las sábanas de esta pieza de Independencia 8, mi esposa está a mi lado como lo ha estado en estos días.

He padecido desmayos, el doctor me dice que no es grave y pasará, pero el rostro de Soledad me indica lo contrario. Tengo sesenta y tres años, ésta será mi última posición pues mis mejores amigos ya se han ido. Es 8 de enero de 1889 y no disfruté la

¹ “El chuchumbé” en *La música prohibida por la inquisición*, Nesh-Kala, y *La resistencia popular. Canciones de la revolución de Independencia*. El “chuchumbé” fue prohibido por sus coplas escandalosas y ofensivas, se acompañaba de baile obsceno por sus demostraciones y meneos deshonestos que provocaban lascivia. A este baile de origen africano, traído de la Habana vía Veracruz, se aficionó el pueblo en los arrabales y casas de mala nota, entre gentes deshonestas, de mal vivir y de baja ralea: Carlos Monsiváis (1981), *Escenas de pudor y livianidad*, Grijalbo, México, p. 49.

algarabía de los niños en día de reyes. Sobrepaso el promedio de vida de este tercer periodo porfiriano, mi ciudad vieja como yo ha desaparecido.

Esta ciudad moderna con alumbrado público y teléfonos no me pertenece, las chimeneas fabriles envenenan mis pulmones y mi cielo antes azul. No me identifico con este México nuevo ni con el país extraño que mis ojos distinguen entre brumas, sí con mis litografías de 1855, con los pregones que llegan a retazos y la ciudad que llevo dentro: fondas, jolgorios y vendedoras de chía. Testimonié en imágenes mi siglo y nación que están desapareciendo. Jirones de recuerdos me llegan de lejos, me he desmayado últimamente, descendiendo al vacío.

En mis últimos cinco años esboqué plazas y edificios europeos, hace diez asumí la dirección de la Casa Decaen. Dibujé sobreportadas de libros, calendarios y modas femeninas, acepté porque quería crear y trabajar, pero también plasmé la provincia amada de mi infancia. En 1864 trabajé con entusiasmo, realicé la segunda edición de *México y sus alrededores*, y añadí el paseo de *Las cadenas en noche de luna*³, jamás creí en su éxito, sólo mi amado y admirado suegro, Decaen. Él y mi familia texcocana percibíamos la transformación de la ciudad.

En 1858 ingresé a la Academia de San Carlos, tres años antes se publicaron pinturas de los tipos populares, *Los mexicanos pintados por sí mismos*, donde buscábamos dar una identidad a nuestros

compatriotas. En el Portal del Coliseo Viejo estuvo el primer taller de Decaen, pero en el Portal del Águila de Oro hizo las litografías para los periódicos literarios⁴: el *Museo e Ilustración*, nos reunimos en equipo los pintores, Julián Campillo, Luis Auda y G. Rodríguez.

De 1855 a 1856 publicamos *México y sus alrededores*, treinta y ocho estampas de la capital y su entorno, entonces las calles empedradas eran anchas, con banquetas y sin alumbrado público. Participé con placer como litógrafo en las láminas. Me subí con temor a un globo aerostático para tomar las vistas panorámicas desde gran altura, dibujé icono con mucho trabajo! ¡Nunca antes la ciudad y sus alrededores habían sido observadas desde esa perspectiva! Creo que fui de los primeros en realizar vistas aéreas de la ciudad y descubrí la penetración del campo en la mancha urbana. Me bajé del globo, caminé, seleccioné los rasgos distintivos de las calles y dibujé los sitios más importantes para que las gentes futuras conocieran cómo fue mi ciudad y cómo se transformó con el tiempo.

El libro fue una fiesta visual y cuando Decaen invitó a los escritores, se enriqueció con la exuberancia de sus plumas ¡fue un éxito editorial! Pinté los puntos principales de la ciudad: iglesias, paseos, centros de poder, también congelé por un instante eterno en la piedra litográfica a los habitantes: ricos, militares, comerciantes, indígenas, vendedores, mendigos y léperos. No condené la pobreza, la abordé con dignidad como al paisaje semi rural, el transporte fluvial que forma parte de los pobres, y su respeto por la naturaleza. Hice un inventario urbano y congelé a los tipos humanos con sus hábitos y diferen-

² Marcos Arróniz (1991), *Manual del viajero en México*, Instituto Mora, México, pp. 131-132.

³ Guadalupe Jiménez Codinach (1996), "Casimiro Castro y sus alrededores" en (1996) *Casimiro Castro y su taller*, Instituto Mexiquense y Banamex, México, p. 45.

⁴ Marcos Arróniz, *op. cit.*, pp. 41-42.

cias sociales, describí lo público, no su intimidad. Aún no me había casado con Soledad Decaen.

José Antonio Decaen, francés culto, ejerció gran influencia en mí, fue el alma del libro y su obra litográfica la más ambiciosa en el país. Entablamos una relación muy afectiva, me presentó a su hijastra, Soledad Cobo, hija de Modesta Cobo y del litógrafo Baudouin; ella de dieciocho, poco agraciada, y yo de treinta años, nos casamos un 15 de febrero de 1857 en la ciudad de México⁵. Entablamos una relación de padre e hijo que perduró hasta que, después de su viaje a Europa, falleció en Orizaba, recogí su cuerpo y le dimos santa sepultura. ¡Cuánto me dolió la muerte de mi padre intelectual y Maestro!

En 1851 en el taller de Navarro y Decaen hice litografías para La *Ilustración Mexicana* y para la novela del francés Edouard Rivière, *Antonino y Anita*, donde reproduce una “Casa de vecindad” cercana a la mía y “La mariscal”, famoso expendio de pulque que visitaba con mis amigos; dos lugares típicos de la ciudad! Un año antes la litografía llegó a su apogeo, existieron muchos litógrafos hábiles y se puso en boga el álbum ilustrado. Entonces Decaen reunió a un grupo de dibujantes y litógrafos con talento, entre los que me incluyó, ilustramos lugares de interés que seleccionó con cuidado, invitó a las mejores plumas de la época para que ilos describieran! y obtuvo los mejores artículos que yo haya leído.

A los veintitrés años laboré en la imprenta más importante de la época –calle de los Rebeldes 2– del excelente litógra-

fo Ignacio Cumplido. Creé cuatro litografías de la multitud y paisajes urbanos con los que me gané un prestigio. Recibí clases en San Carlos con el pintor italiano, Pedro Gualdi –llegado en 1838– que publicó *Monumentos de México*. Bajo su dirección delineé, *Descripción de la solemnidad fúnebre de Don Agustín de Iturbide*, miserables tugurios, paseos de la Alameda y Bucareli, canales que transportan de la ciudad a Chalco y lagos adyacentes a su población: La Viga, Santa Anita e Ixtacalco. Resalté el regocijo de las masas mestizas e indígenas, su relación con los individuos y los edificios.

Con Cumplido y Gualdi adquirí la educación artística y la tradición del artesanado, en la relación del maestro con el aprendiz y el cliente. A mis veintiún años, entre 1846 y 1847, Francisco García dibujó y yo litografié el mapa de Veracruz, construíamos una nación segura de sí misma. A los catorce y en la pobreza ingresé a trabajar en la imprenta de José Decaen, aprendí la técnica duotono: primero imprimía en una piedra parte de la imagen en sepia oscuro o negro; enseguida, en otra, con tinta ocre claro resaltaba los detalles y llenaba de nubes el firmamento⁶. Luego agregamos colores con piedras adicionales, una tercera para el azul del cielo y del agua, una cuarta para el verde de la vegetación. Esta decisión ¡cuánto me ayudó a madurar pronto! aún no sabía a qué dedicarme.

En 1842 asesinan en Tacubaya a Daniel Thomas Egerton, pintor británico de *Vistas de México*; el año anterior Gualdi realizó el primer álbum ciudadano, *Monumentos arquitectónicos y perspectivas de*

⁵ Ricardo Pérez Escamilla, “Casimiro Castro. Por los frutos conoces el árbol, a México por sus artes” en (1996) *Casimiro Castro y su taller*, p. 59.

⁶ Roberto L. Mayer, “Nacimiento y desarrollo del Álbum. México y sus alrededores”, en (1996) *Casimiro Castro y su taller*, p. 138.

la ciudad de México (Massé y Decaen), de donde Decaen tomará la idea de *México y sus alrededores*.

Jamás la tierra me zarandó tan horrible, creí que me devoraría antes de llegar a la adolescencia, pero no fue así, padecí los primeros terremotos. En 1836 Rocha y Fournier establecieron en México el primer taller litográfico público, pero los pioneros en México fueron Hipólito Salazar, primer impresor que compró un taller, y Hesiquio Iriarte, autor de escenas y tipos populares.

A mis nueve años me enteré de que el americano Eugenio Robertson, con una señorita, voló en su globo, nació mi interés por volar algún día y ver a mi ciudad postrada a mis pies. ¡Sueños de chicos! Dos años antes ¡por un pelito! me escapé de morir, ¡ay vida, qué hermosa eres! Se desató la epidemia del cólera morbo y temíamos a la muerte. Vi llenarse las boticas de demacrados, rebosantes los templos de fieles afligidos, carretones repletos de cadáveres rumbo al cementerio que dejaban una pestilencia a su paso. ¡Fueron escenas dantescas!, tengo grabadas esas imágenes y he rehuido plasmarlas en la piedra.

Prefiero plasmar escenas y paseos fluviales con su multitud bulliciosa y colorida. Antes de llegar la peste que se llevó a mis amigos, jugaba con ellos rayuela, trompos, maromas y a volar papalotes que se mecían entre las nubes o entablaban coloquios amorosos con las ramas, mas no con esos horribles alambres de los postes. Comíamos gusanos de maguey con pulque sagrado.

Los domingos paseaba con mis padres por los jardines, mis ojos infantiles presenciaron los vivos multicolores del Valle de México, sus volcanes tutelares y las aguas quietas de los lagos. Mis labios disfrutaron el agua refrescante; mis oídos, el

murmullo de las fuentes: Bucareli, Salto del Agua, la Alameda y Santo Domingo, el bullicio de colmena de los paseos de La Viga y Santa Anita; y mis fosas nasales, el aroma de los ahuehuetes, sensaciones que todavía guardo.

Aún niño mi familia se trasladó a la capital, me aprendí el catecismo, fui educado en el temor y respeto por los mayores. Nací el año en que se instaló aquí el introducido de la litografía, Claudio Linati Prevost, quien publicó el 4 de febrero de 1826 la primera litografía, un figurín femenino en la revista *Iris*, así contribuyó a la construcción de nuestra nacionalidad con fines didácticos. De origen mestizo me bautizaron con el nombre de Casimiro Castro Blancas, originario del pueblito indígena de Tepetlaoxtoc, situado entre Texcoco y Teotihuacan.

Hoy recuerdo los paseos frecuentados por mi pueblo, me regocijé con sus charlas, risas y bailes de aquel día de Semana Santa que guardo impresas en mis pupilas; jirones de recuerdos e imágenes me llegan de muy lejos.

...QUÉ ESCRIBO Y QUÉ BAILO!

- ¡Pide las otras, compadre.
- ¡Béeebebe gaaañote, yastás secooo!
- Oyeees... Ya no viste al güeeero.
- Ay taruga. Shhhh. Cáaallate
- Esee siempre te busca, verdaaa?
- Pues síii. Yooo ni le hagooo caso. ¡Me da miedo!
- Pos qué vas a hacer con ella.
- Yaaa. Qué que quiero hacerle? Estás bruto o quéee, manooo. Si se lo digo me...
- Ven. Arrima tu asiento.

—Ya viste. Ese te hace guiños, busca tentarte. ¡Ya sabes el demonio cómo nos tienta!

—¡Ay! ¡No me aprietes la mano!

—¡Por qué tan remilgosa mi alma!

Cómo hiciera, como hiciera/ para olvidar este amor./ Que presa me tiene el alma/ cautivo mi corazón.

—¡Atóoreenle rascatriiipas!

Estoy aquí dándole gusto a las cuerdas y sacándoles sonidos, la música repercute en los rincones de la casa y éstos se divierten. Veníamos tocando en la trajinera hasta el tope con gente que vino a disfrutar. Mi compadre del pueblo de Ixtacalco nos invita a amenizar el recorrido en su trajinera, así él jala más gente, gana más riales y nos da comisión por cada viaje. A veces salen bailes como éste y nos va mejor, me acompaña mi hermano mayor que toca bien la jarana, nunca cargo a mi mujer, debe cuidar a los niños y animales.

Temprano planchó mi pantalón y camisa de manta, antes de salir agarré mi sombrero, me lo acomodé y cargué mi arpa. Luego levanté al “flaco”, mi hermano, que anoche llegó bien tomado como siempre, se puso la ropa que traía y nos fuimos a la casa de mi compa. Mientras él se levantaba, el flaco se lavaba la cara, pues con la cruda, la barba y sus mechás, asusta. Ojalá y no se moleste el compadre por traerlo así, pero sólo él domina la jarana y me acoplo bien con él. Salió mi compadre, limpiamos la trajinera que su hijo llevó en la madrugada al mercado de Roldán para vender sus flores y hortalizas, y nos fuimos. Yo templaba las cuerdas y el flaco dormía la mona hasta que le di un sombrerazo:

—¡Despiértate!, ¡ay te va el sonido pa’ que afines! ¡Quién te manda llegar tan tarde!

Siempre tan descuidado y sin mujer. Le gusta mucho el pulque o l’aguardiente, siempre se emborracha el canijo. Llegamos al paseo de la Viga y como avispas al panal, abordan la canoa muchos paseantes.

Estoy sentado sobre una caja de madera, apoyo mi pierna en el tablado, un pie acaricia la madera tosca y el sabor húmedo de la tierra, y el otro el pedal del arpa para que dé mejor sonido. Llevamos una hora tocando desde que llegamos al mediodía; los bailarines querían seguirla, encontraron esta casa al lado del lago y entramos. El baile está en su apogeo, ojalá y nos paguen bien, la última vez nomás comimos, ellos se fueron borrachos y ni nos pagaron. Bueno, al menos no faltará la comida, frente a mí se encuentra la molendera echando tortillas.

Cuando llegamos me escurrí con mi hermano hasta aquí, no estorbamos y nuestra música se oye en el cuarto, luego entraron los del fandango a la casa recién barrida y en silencio; se armaron las risas, los gritos explosivos, mucho movimiento y escándalo aquí y allá. Pronto se convirtió en remolino y bisbiseo de colmenar: afuera los mirones; adentro los bailarines, molenderas y nosotros.

Hasta aquí se cuele el aire fresco de las chinampas y del lago. Al lado de la puerta y junto a mí el “flaco” toca su guitarrita, a esta hora la cruda ya le ha de estar haciendo ipobre, no quisiera estar en su lugar! A su lado una curiosa mira el baile y busca a alguien, mi hermano ni se percata, si no ya andaría tras ella.

A mi lado se encuentra la que no es mi mujer ni mi querida en servicio activo como dicen mis amigos, sino el depósito, la madre de mis criaturas. No se quiso quedar en casa, se trajo a la criaturita que amamanta ya dormida. Antes de dormirse, no

dejaba de ver la inscripción al pie de la cruz del altar que apenas alcanzo a leer, *Q-U-A-R-E-D-E-V-U-L-V-A-E-D-U-X-I-S-T-I-M-I-H-I* (*¿por qué me diste a luz?*). Por qué le llamará la atención ese latinajo tan extraño y sin sentido.

Ella me alcanzó en la canoa, ya no pude correrla y muy a mi pesar la traje. Ahora que lo pienso bien, pobre de ella, ya no se peina el cabello como antes. Y pensar que le robé todas sus comodidades, le corrí al novio y la hice madre de mis criaturas. A veces compadezco su resignación, su cuerpo bajo la falda ceñida de tela oscura ya no tiene las primaveras de las primeras noches en el petate, se ha ajado con los tres niños más la que trae en brazos. Es justo que al menos se divierta viendo bailar a los demás, ¡mientras no suelte el llanto la niña que carga!, de lo contrario ya se amoló la cosa. Las otras criaturas las dejó al cuidado de mi suegra. Ahorita descansa sentada en el piso y mira alegre a los bailadores.

Seguramente recuerda cuando bailaba; la conocí en un baile como éstos. Tuvo en sus tiempos muy lindos ojos y una mirada provocativa, no como la de ahora, sin ganas y apagada. Bajita y bonita se arreglaba y peinaba sus grandes trenzas negras, pero ahora con tantos hijos y sin dinero, la pobre ya ni se cuida.

Aquí estoy disfrutando de los sonidos de mi arpa, aprendí a tocarla a escondidas, cuando mi papá la arrumbaba y se iba a labrar la tierra. Mis dedos pulsán hábilmente las cuerdas... ¡Éeepale!... Veo a un señor que desde hace rato me mira; no venía en la trajinera, quizás en otra o caminó a la vera del lago y al oír la música, entró. ¡Qué extraña forma de mirar! Mira como si quisiera apropiarse de mi alma. En una mano trae un cuaderno y en la otra

un lápiz que garrapatea. No lo voy a perder de vista, no baila ni toma, se concreta a mirarnos. ¡Se me hace que aquí hay gato encerrado! ¡Qué señor tan extraño! Cree que no veo lo que hace.

Se cruzan nuestras miradas, nos reímos y deja su cuaderno. Ahora que cree que no lo veo, vuelve con rapidez a sus trazos, observa a todos con detenimiento como si quisiera apresar el tiempo. Ojalá y no se vaya pronto, me gustaría mirar qué tantos trazos hace en su cuaderno... ¡Carajo! Esta criatura ya empezó con sus berridos y me hizo perder el compás. ¡Chihuahua! El flaco ya se dio cuenta que di mal dos rasgueos, también los bailadores perdieron el ritmo y me miran molestos, más esa chinita que baila tan bien.

Ya agarré el ritmo, vuelvo la mirada al lugar del señor ¡ya no está!. Ah, con razón no lo encontraba entre tanta gente, se movió cerca del que trata de engañar a la tortillera. Ahora mira a la bailadora, le gusta su rostro o su cuerpo porque la examina desde la punta de los pies hasta la cabeza. Mientras no se dé cuenta su pareja, no hay problema, porque si no se arma la de san Quintín y puedo perder a mi mujer o el arpa. Pero no, ya cambió su mirada profunda hacia el que baila con ella. Creo que sólo son figuraciones más ¡del hambre que ya me empezó a dar!

—¡Ey, múuosicos!... ¡Toquen con gaaanas! ¡Parece que no les vamos.. a pagaaaar!

Ya me sacó de mis cavilaciones este borracho que grita a voz en cuello.

—Sí ¡Ora échense otra más movida!

*Al pie de una malva en rosa
a una viuda enamorado
a una viuda enamorado
al pie de una malva en rosa.*

Y me dijo la graciosa
no puedo me duele un pie,
pero si es para esa cosa
aunque sea cojeando iré.

—¡Ay jajaaay! ¡Taaanta carne y yo con hambreee!

—¿Y usted no fuma? Fume de estos de hoja de maíz, buenos para el pecho. Pechos los que le cuelgan bajo la blusa a esta indita despeñada. Yo ni fumo cigarros, prefiero los puros, pero le ofrezco los que me robé y si no quiere, pulque, itotal, ni es mío! Saco los cerillos, le ofrezco lumbre, doy un paso hacia ella para ver más de cerca sus pechos. Palabra que esta noche iella caliente mi cobija!

Niega moviendo la cabeza esta india remolona. Sus trenzas rozan la desnudez de sus hombros, cuando se agacha y muele la masa, sus pechos hacen el dulce vaivén que me trastorna. Aquí llegué con los del baile, venía en la misma trajinera, me le fui sin pagar al dueño y sentí placer al burlarlo como a tantos otros. Allí comenzaron a bailar este hombre y su querida que no baila tan mal, luego decidieron continuar aquí y yo me vine... de colado. ¡Ja, ja, ja! Comida, pulque y música, gratis, además puedo embaucar y llevarme a esta indita a la ciudad.

—Entonces, ¿no se le antoja un buen trago de pulque, libación de san Bartolo? Me acerco y galanteo a esta tortillerita, acurrucada en el suelo como ídolo azteca. Aún no estoy borracho, a pesar de que tomo hasta perderme, voy a los bailes ide gorrita café! y llevo una vida fácil a costa de los demás. Soy astuto y me doy mis mañas para convencerlas, por algo me he criado en la ciudad, soy hijo de los pleitos y del rico néctar de la diosa Xochipilli. Me gusta lo fácil y las indias rejegas.

—Pos no... Me mueve la cabeza con remilgo para que su mamá, arrinconada junto al petate y moliendo maíz, no la maltrate ni le eche una mirada de rabia como la que le hace ahorita. Pero quiere retozar conmigo, me provoca con su cabeza retadora, con su aliento caliente que me llega como una caricia, y con su mirada que me dice "no sea usted malo", "soy muy recatada", "esas cosas me ruborizan".

Si me hubiera contestado a secas, "no tengo sed", yo habría dado la vuelta y buscado otra de las que andan aquí. Pero cuando dijo, "pos no", se irguió ofreciéndome sus pechos y me miró a los ojos, casi diciendo tómalos. Me provoca para atraerme y lograr lo que nuestros ojos y cuerpos desean.

—Ande, beba usted. Le acerco el tarro de pulque al borde de sus labios, mientras con las manos ocupadas ella tortillea. Apura la sed de sus labios y me sigue el juego. Primero me provoca y ahora vuelve a su recato. Total, si ahorita no se deja y uno se descuida como el que anda cerca de mí con su cuaderno, me llevo mis riales. O ya de perdida la cruz de madera sobre el altar que me echa ojitos —diciendo, llévame— con su inscripción de arriba, INRI, y la de abajo que me hipnotiza, QUARE DE VULVA EDIXISTI MIHI, me persigue y me quema por dentro. Qué significará, por qué me gusta tanto ¿tendrá que ver conmigo? Ah, qué me importa eso, sólo el valor que me den por ella.

—Oiga mi alma, están dando unos torzones y unos constipados que parecen fiebres. ¿No quiere que le cubra sus hombros con mi frazada y sus pechos con mis manos? No le vaya a dar un resfriado y se me enferme.

—Estése sosiego, lárquese. Este tonto cree que va a ponerme encima sus manos

cochinas, si a legüas se ve que con su calzón de manta, su jorongo terciado al hombro y su sombrero, no tiene ni en qué caerse muerto. Cree que con su camisa abierta y su pelo en pecho me va a impresionar. Ya se emborrachó, aunque bien lo disimule. Por la pinta parece un vagabundo que no le gusta trabajar y se duerme donde le agarre la noche. ¡Pobre viejo, me da lástima! ¡No tiene ni en qué caerse muerto y así busca mujer! ¡Bonita tontería, qué pen... se la encontró! Cree que porque no tengo papá, hombre, ni casa, me va a agarrar pa' sus necesidades. ¡Dialtiro que está loco! Mi mamá y yo vivimos en casa de mi hermana, nos mantiene mi cuñado con las ventas de su chinampa.

Desde hace un año traigo aquí, merito adentro, un desengaño de uno que me engatusó y se fue con otra, menos mal que no me dejó preñada. Todavía no lo olvidó, y ahora éste que me molesta como si estuviera tan guapo y joven. Él otro es la fuente de mis pesares, pero no puedo andar mostrando mi pena al mundo. ¡Sin ir más lejos! Hoy por la mañana me dijo mi mamá que la acompañara a echar tortillas, pero eso sí, me advirtió que quitara esa cara de palo y fuera sociable.

Y todo para qué, para mi mamá esté toda encorajinada. ¡Si bien dicen, que para corajes no gana uno! ¡Si de que la trae uno de malas, verdad de Dios, que la trae! Quién tiene la culpa: este borrachín que cree que ando con ganas, mi mamá que me trajo a la fuerza, o yo que no quería venir y que ahora tengo que poner mi mejor cara al echar tortillas. ¡Pos ni modo que yo la tenga! ¿O será que mi rostro manifiesta mis deseos ocultos? ¡No! No lo creo. ¡Pos ni modo que éste fuera brujo!

¡Más vale que eche pa' fuera estos malditos pensamientos! Si no le hago caso,

se largará. Ora que si se pone de necio, agarro un tizón de la lumbre, el metlapile o el agua caliente de los frijoles y ivemos si no le bajo su calentura! Menos mal que mi mamá vio que no le di motivos. Que si no ime iría como en feria! Si ya me lo advirtió, "en ésta te aceptó, ipor Dios, me dijo besando la cruz! pero para la otra te largas". Y éste que no me quita la vista al moler. No sé qué me ve. Y eso que hoy no me arreglé, ni siquiera peiné mis trenzas con la escobeta. Que si me viera en mis mejores días, n´hombre... ¿Será que me veo guapa, a pesar de lo que pasó?... ¡Ay condenado!.... Si ni me había dado cuenta que con tanto moverme, ya por delante se me bajó la blusa. Y yo que creía que le había gustado. Pero si nomás se queda ilelo!, viéndome los pechos.

¡Me da tanto coraje la forma en que me mira! Mejor me desquitaré duro con la masa y las tortillas. Si insiste, le echaré una mirada de fuego y veremos si no se larga de una vez. ¡Ay, ya se me estaban quemando las tortillas del comal! ¡Del coraje ya ni me acordaba de ellas! Total, esta bola de gorriones y tragones con l'hambre se las van a comer. ¡Yo eche y eche tortillas y el tenate ni se llena!

Y éste que sigue molestando. ¿Aún seré guapa? No debo pensar tonterías sino echar tortillas, aún me quedan tres bolas de masa y mi mamá con el coraje icapaz que deja que yo haga todo, para que se me baje la calentura!, según ella. Y éste aquí haciéndose güaje y rondándome, de seguro así le ha funcionado con las demás. Mi mamá sigue molesta, si ya la conozco cuando tiene coraje... ¡Y éste molendero que no calienta, por más que le atizo y le echo leña!... ¡Ya no veo la hora en que éste se largue y me deje de fregar, icaraay! ¡Nomás que siga y lo voy a mandar al

diablo! Si se entere mi cuñado y sus hermanos, verá éste cómo le va, en lugar de lana sale trasquilado. Pero, ¡ay se lo haiga por burro y por bruto!

Qué bueno que los músicos ya se dieron cuenta de este lépero. La mirada de ellos y de la esposa del arpista me tranquiliza, ella me hace señas que le sorraje los platos del trastero o la olla de barro de la pared; el de la jarana está más muino con él, sus ojos echan lumbre. Estos ciudadanos que pagan por divertirse, creen que nos hallamos en venta o a su disposición. No sabe que ¡ya con rabia! soy capaz de todo, hasta de pegarle con lo que encuentre y donde caiga. ¡Pobrecito viejo borracho, no sabe ni con quiéeen se meteeen!

—¡Eeepa músicos! ¡Éeechense otra más pegadoraaa! ¡Que hoy... veeengo heriiido!

Corazón abandonado
disimula tu tristeza
disimula tu tristeza
corazón abandonado.

—¡Yo grito y vuelvo a gritar! ¡vámonos todos a... chacualear!

Ahorita estoy bailando con esta chinita, comenzamos en la canoa. No bailo tan bien, pero voy mejorando, con esta maestra guapa hasta el más tonto aprende. Tengo las manos cruzadas en la espalda y muevo los pies, echo el hombro y la cabeza hacia adelante o me muevo de lado, según el ritmo de la música. Sigo sus movimientos, si mueve su cuerpo para un lado le obstruyo el paso, si mueve su cabeza hacia el otro, acerco la mía e intento besarla, ¡pero no lo logro!, se me escabulle. Yo nunca declaro mi amor en los primeros bailes, pero esta vez sí, pues me busca con el rabo del ojo y su mirada la dirige como un relámpago a los míos.

La primera vez que la invito a salir y accede. Una mañana por el rumbo de Santo Domingo, día de correr y no parar de la fuente a la calle y de la calle a la fuente, andaba a las carreras llevando agua a las casas de mis patroncitas que se enojan si no llego pronto, entré a la vecindad agachado y sereno, crucé el patio y las escaleras, vacié y surtí el agua en los cántaros, yendo y volviendo, subiendo y bajando las escaleras que ensucio con mis zapatos claveteados y lodosos.

En una de esas vueltas vi pasar unos pies pequeños y hermosos, alcé mi rostro, vi su cuerpo de espaldas, sintió mi mirada, se volteó y vi unos ojazos negros, retadores que me miraban. Bajé la vista, sopesé sus pechos como dos negros terrones de azúcar y eché a andar rumbo a las escaleras. Desde entonces mi vida ya no fue la misma, siempre que volvía allí me acicalaba y entraba con la esperanza de ver su rostro cautivador. Los primeros días me ignoraba, luego, nuestras miradas se cruzaron, se presentó esta Semana Santa, la invité a pasear, se rehusó: “por quién me tomas”, insistí, accedió y aquí estamos bailando.

Ella levanta en los tablones la orla del vestido azul con ambas manos, mira el adorno de sus enaguas blancas, sus pies en zapato raso de punta de lápiz, más delicados que mis burdos pies en huaraches de correa que se cruzan al bailar. Hasta olvido la fatiga de ayer que recibí el importe de mi trabajo, sin dudar de la buena fe de la criada en la que deposito los “colorines” o “patoles”. Gano poco, por eso aseó la calle o llevo mensajes de enamorados, por uno casi le cuesta la vida a mi amigo. Volví a mi casa, remendé mi chochocol; con una lesna hago un agujero, paso la puntada y la cierro sobre un poco de zulaque, con un parche de barro.

Anoche pensando en si acudiría a la cita, me fui a acostar tarareando esta tonada:

De la fuente Inés volvía
y el peso la sofocaba
del cántaro que llevaba,
pues quince años no tenía.

Hoy por la mañana pasé por Santo Domingo, caminé por las calles empedradas de la Alameda, del paseo de Bucareli donde nos vimos, de allí a la Viga y a Santa Anita. Tiene unos ojazos seductores, tez aterciopelada, labios encendidos, manos laboriosas y sedantes, pies primorosos, garbo y soltura. Sus arracadas se mueven, miro su rostro encarnado por el baile y su boca pequeña, entreabierta. La miro de soslayo y me descubre, nada le pasa desapercibido.

Desde la primera vez me encantaron sus ojazos bisbirindos, su cuerpo torneado, sus hombros firmes, su cintura que me provoca un hormigueo en las manos. Todos los que la ven, como el que está junto a la molendera o el que rayonea en su cuaderno, desean como yo medir con sus manos ardientes su talle encantador. ¡Como quisiera ser el rebozo que acaricia su cuello, el vestido que ciñe su cuerpo y sus senos, o las trenzas sedosas que acarician su desnudez! Bailamos con placer y las parejas también lo hacen, atrás de ella beben pulque una vieja borracha y una pareja, junto a ellos está un altar con veladoras, cruz y santos. Por qué desvíó mi atención de esta chinita que me atrae como un imán.

Ella es como la tierra negra y potente, húmeda y llena de ganas, y yo la simiente, el líquido, el agua que vacío en tinajas y cántaros. A su lado me siento pleno y el agotamiento por el duro trabajo no existe. No me quejo porque no es bueno

quejarse de las cosas que no tienen remedio, pero sólo trabajo para vivir.

Me levanto con la aurora, me pongo mi camisa y calzón, mis huaraches o zapatos claveteados que me aprietan porque mis pies no se acostumbran al encierro, y unas calzoneras de gamuza hasta la rodilla que me protegen de la humedad. Encima de esto me ciño unos cueros hasta la cintura, luego una especie de rodete para mantener en equilibrio el cántaro o chochocol de barro de tres orejas grandes, a la espalda. Me encasqueto la gorrita de cuero en la cabeza; con una correa que paso por mi frente sostengo las asas de la vasija que llevo atrás, con la otra me cuelgo por delante el cantarito que llevo en mi mano derecha para sacar el agua, y me voy a la fuente⁷ de Santo Domingo, cercana a mi casa.

Cuando suenan las doce descanso, mi hermana me espera con la canasta de comida y me reúno con mis compañeros en el pasillo del zaguán. Como y duermo un rato: la gorra es mi almohada y el chochocol, mi recargadera; así día tras día. No me quejo, menos ahorita que le hallo sabor a la vida con esta china.

Mi papá me contó y lo confirmó un veterano, que cuando alguien ingresaba a este oficio, pasaba una prueba frente a los aguadores más viejos por la tarde. Subía sus cántaros llenos a una torre vecina y alta, los jueces colocaban al pie de la torre un chochocol vacío y él tenía que llenarlo sin volcar agua. Terminada la ceremonia se le admitía como aguador, ciñendo el vestido propio, festejaban con pulque y mole de

⁷ Marcos Arróniz, *op. cit.*, pp. 135-16; Juan José Arreola y Lilian Scheffler (1996), *México ¿Quieres tomarte una foto conmigo?*, Procuraduría Federal del Consumidor, México.

totole, al día siguiente comenzaba su trabajo por las calles con su pregón: ¡Aguaaa! Las fiestas propias del aguador eran las de la Santa Cruz y el Sábado de gloria⁸, pero ya perdió esta tradición. Por eso hoy sábado estoy aquí con esta chinita linda, perla de mi barrio, alma del fandango y dueña de mi ansia. Tiene ojazos seductores, labios frescos y encendidos como capullo de rosa, manos laboriosas y acariciadoras. Sus encantos compiten en hermosura con las más bellas de las canoas del canal de la Viga y Santa Anita.

Ahorita todos ríen y cantan, el escándalo está en su apogeo, los únicos sobrios somos nosotros, los músicos, la molendera, su mamá y el del cuaderno.

Que el que nace desgraciado
desde la cuna comienza
desde la cuna comienza
a vivir martirizado.

Estoy contenta, luzco mi alegría al bailar con él, me gusta Santa Anita en Sábado de gloria. Nos vimos temprano, llegué caminando galana por el paseo de Bucareli, lugar de gente rica; el aire era suave y fragante, las aves gorjeaban en las ramas de los árboles de la larga avenida. Encontramos a otros que también se dirigían hacia el paseo de la Viga, a lo lejos las aguas de las lagunas que rodean la ciudad espejeaban, bandadas de patos silvestres y aves acuáticas cruzaban el cielo azul.

⁸ Hilarión Frías y Soto (1984) “El aguador” en *Vulcano. Album fotográfico*, INBA-Premiá editora, México, p. 17; para consultar imágenes del aguador o información acerca de este personaje, consúltese: (1990) *México y sus alrededores*, Banamex, México; (1987) *Bosquejos de México S. XIX, Colección de grabados y litografías del Siglo XIX*, Banco de México, México.

El canal de la Viga⁹ atraviesa la ciudad, une los dos grandes lagos del valle, se prolonga hasta el canal de Chalco con ramales a los poblados de la ribera. En Semana santa las chinampas quedan marchitas y erizan su primorosa alfombra, el canal se cubre de canoas y de chalupas llenas de flores, frutas y verduras.

Todos nos dirigimos en bandadas al embarcadero; los de a pie nos agolpamos al borde de los árboles con sombra del canal que conduce a las chinampas; los pudientes sentados en las bancas nos observan, evitan mezclarse, les produce asco el olor de nuestros cuerpos. A nosotros nos gusta el ruido y la agitación del embarcadero; oír el zumbido como en un inmenso enjambre de abejas; mezclarnos y perdernos en la confusión; oír los pregones de vendedores,

—¡Aguas de horchata y de chíiaaa!
¡Puulques de apio y de ajoo! ¡Puulques de Apan! ¡Fruta frescaaa! ¡Unas lechuguitas y rabanitos frescoos! ¡Las floreees! ¡Tamales de máiiiz! ¡Tamarindos de chile y dulceee! ¡A dos palanquetas, a dos condumioos! ¡Quién quiere nueceees! ¡Pasteles de mieee! ¡Bocadillo de coco! ¡Patos, mi alma, patos calientees!—

de los remeros que convierten todo en una verdadera romería!

⁹ “El esparcimiento característico de la cuaresma eran los paseos por las orillas de la acequia real y del canal de la Viga que comunicaba la ciudad de México con Chalco”: Juan Pedro Viqueira Albán (1987) *¿Relajados o reprimidos? Diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el siglo de las Luces*, FCE, México, p. 139; para mayor información acerca del paseo de la Viga, consúltese Paula Kolonitz (1984), *Un viaje a México en 1864*, Lecturas Mexicanas, México, pp. 119-121.

—¡A doos por medio real!
 —¡Paaase la niñaaa!
 —¡Cooorre y se vaaa!
 —¡A doos, a doos, a Santa Anitaaa!
 —¡Aquí está Nicanoooo, patroncítooo!
 —¡Mamá, yo quiero irme en chalupita!.
 —¡No, niña, porque nos volteamos!
 ¡Entieende!
 —¡Váaamonos a chacualeaar!¹⁰.
 —¡Véngase pacáaa, comadre!, que en esta canoa muy recontentos nos vamos.

En un día venimos a gastar el dinero de una semana de trabajo. Mi delirio es sentarme en una de esas inmensas canoas o acale¹¹ que llevan hasta cincuenta personas, sentir cómo se desliza lentamente sobre el agua al son de la música y de los bailadores. Se acerca una canoa ila espero con ansia! Nos avalanzamos, es un premio subirse y ganar un lugar; en un abrir y cerrar de ojos la ocupamos una multitud, no hay espacio para sentarse, va sobrecargada, se hunde hasta los bordes. Las mujeres gritamos de nervios y entusiasmo para atraer las miradas de los hombres que nos cubren con sus brazos protectores.

Todos vamos de pie para mirar los bordes de la calzada que hierven de gente; los vendedores de comida y pulque pregonan su mercancía en las dos hileras que se extienden hasta perderse de vista; los coches van y vienen, los jinetes montan briosos caballos que caracolean y se agitan. Extiendo la vista al frente sobre el hervidero de toldos y cabezas hasta perderla a lo lejos en los ahuehuetes. Mil canoas

¹⁰ Término aplicado al movimiento del agua que se adoptó, en las pulquerías del S. XVIII y XIX, para calificar al buen tomador diciendo: “vamos a libar pecho a tierra sin chacualear”. *Abrego y Picazo & Rosales y Robinson, Música del 900*, Archivo histórico testimonial, 1992.

¹¹ Brigitte B. de Lameiras (1973), *Indios de México y viajeros extranjeros*, SepSetentas, México, p. 61.

se cruzan, tropiezan y redoblan su alegría, cantan y bailan, la música de una hace perder el compás a los bailadores de la otra. Reina gran animación en el canal, atestado de canoas que llevan y traen, los mirones de la orilla envidian el movimiento y la confusión, la algarabía ruidosa y expansiva.

La nuestra se mueve lentamente y nos acomodamos con dos músicos al centro. Cuestión de que el tañido del arpa y la jarana rompa con los sonos¹² para que bailen las primeras parejas, otras cantamos. Pero cuando suenan las incitantes armonías del jarabe¹³ y esta letra de *El palomo*,

Qué haces palomita
 ahí en la pulquería,
 esperando al amor mío
 hasta el martes vida, mía.

Al volar una paloma
 se lastimó de una alita.
 Si tú tienes tu palomo
 yo tengo mi palomita

mis pies y cuerpo no son míos, me incitan y jalo a mi pareja a bailar.

Se ve buena gente y no tiene mal aspecto. Me gustó cómo me miró la primera vez y se turbó cuando lo miré a los ojos. Lo conozco en su trabajo, ya las vecinas me informaron de él. Él, como los curiosos que pasan, ha visto por fuera mi cuarto fresco con las puertas abiertas para que el aire y la ciudad entren, como aquí los que

¹² Las autoridades civiles y eclesiásticas del s. XVIII y XIX consideran luciferino el baile del son.

¹³ El “Jarabe gatuno” –son de origen africano– es considerado por las autoridades eclesiásticas “indecente, disoluto y provocativo, y beben en él las coplas, acciones, gestos y movimientos el veneno mortal de la lascivia por los ojos, oídos y demás sentidos, cuantos lo bailan y presencian”; mientras que el jarabe es bailado por parejas “pudorosamente separadas”.

quieren bailar o los mirones como ése que desde hace un rato me está viendo y haciendo trazos en su cuaderno. Gente por aquí, gente por allá.

Aún era temprano, no abrasaba el sol, como ahorita que estamos apretujados y contentos aquí. Navegamos hasta Santa Anita, lugar de fiesta y fandango en estas fechas, nos repartimos en las chozas, improvisamos un salón de baile en una casita cercada de ahuehuetes, junto a las chinampas y al canal, rodeada del perfume y la fragancia de las flores. El cuarto tiene una hilera de trastes en la pared, un altar-cito, cromos, una canasta con hilos y agujas de coser, un petate de tule enrollado en un rincón, muy limpia la casa como la mía.

Entramos con tortilleras y músicos; unos reanudan la bebida –¡Vamos a libar pecho a tierra sin chacualear!–, nosotros el baile. Llevo a mi pareja al centro, me levanto la falda con las manos, piso de puntitas sobre los tablones de madera, suenan los acordes y reanudamos ¡hallo placer en el ritmo que me lleva! Desbordo mi pasión, pero sé cómo detener la del hombre cuando se desata o me cansa.

La semana pasada dejé a un enamorado, me cansó con sus celos tontos y aparece éste. Me hice del rogar, me aguanté las ganas de decirle, sí, pero luego acepté. Total, ¡qué puedo perder! tengo veintitrés años y muchos amantes que me persiguen como este aguadorcito de mi barrio que trabaja sin descanso. Parece soltero, reservado y la chica que le lleva la comida no se comporta como su esposa. Ha de tener unas piernas fuertes y ágiles porque no se cansa de bailar, unos brazos protectores y muchas admiradoras, el muy canijo. Me gusta por alegre, paciente y trabajador, nunca se fatiga o no lo he notado hasta ahora.

¡Estamos de fiesta! En el baile olvidamos el cansancio de la semana, los sinsabores de la vida y nuestra miseria; olvidamos el pasado y el futuro, importa el instante placentero que no es eterno. Este pequeño placer de la vida nos lo procuran la jarana, el arpa y el sensual jarabe que nos hace olvidar el hambre... ¡Hambre! ¡Hambre que empiezo a sentir!...Y a esta tortillera que el borrachín no la deje avanzar. Aún no prepara la salsa, apenas puso a hervir los chiles y tomates en el jarrito del fogoncito...¡Total, un buen trago de pulque no falta y nuestra hambre sobra!... Para qué me preocupo del hambre, si aguanto más con el baile... ¡Ay!... Lo que no aguanto es este fondo nuevo que me aprieta con su resorte.

Vengo estrenando rebozo que compré en el Portal de las Flores y eché a mi hombro con desparpajo y donaire. Hoy me levanté más temprano, me bañé, me puse una enagua blanca y nueva con encajes y bordados en las orillas, “puntas enchiladas”¹⁴. Sobre esa enagua puse otra de castor de listones encendidos, que ocultan mis formas redondas que ¡bien sé! enloquecen a los hombres. Mi cuello y mis pechos los cubro con blusa de muselina blanca, adornada de randas y deshilados, con mangas plisadas. Mis pies en zapatos de raso asoman coquetamente bajo mis enaguas. Peiné mi cabello en dos trenzas negras, gruesas. Me puse aretes largos y al cuello, medalla, rosario y mi cruz que me cuidan por detrás de las manos largas; que por delante yo me sé cuidar muy bien cuando enamorada; mientras me quieran, sé querer, pero si me olvidan, sé olvidar.

¹⁴ Para mayor información acerca de la china, consúltese Marcos Arróniz, *op. cit.*, p. 137-138, y Madame Calderón de la Barca (1997), *La vida en México*, Porrúa, México, p. 35.

Soy celosa y amante de mi hombre; le lavo su ropa, le guiso mole, condimento sus quesadillas y pulque almendrado, pues dicen mis vecinas y es muy cierto, que al hombre se le retiene por el deseo y por el estómago. Para eso tengo mi cocina con sus tinajas y ollas coloradas, trastos grandes y pequeños con los que hago figuras geométricas en la pared, un brasero y un altar pequeño con la virgen de la Soledad y de los Dolores, auxiliadoras en el amor. Llegué hace tiempo a la ciudad, mi familia se quedó en mi pueblo, vivo sola pero sé defenderme, soy diestra en bailar *El jarabe*, *El agualulco*, *El espinado* y otras más. Estoy empeñada en bailar el jarabe bullicioso de *El Palomo*.

—¡Tóquense *El palomo*, que lo vamos a bailar! ¡Ya sonaron los acordes, viene la letra que me enloquece y que tiene tanto qué ver conmigo,

Y a una paloma al volar
se le cayeron las plumas.
¡Qué tontas son las muchachas!
No todas, pero hay algunas.

Palomita de los cuarteles,
anda y dile a los tambores
que al tocar la retreta
toque la de mis amores.

mis pies rubrican la madera, mi cuerpo emprende movimientos seductores, me bamboleo voluptuosa a un lado y otro, para seducirlo me adelanto graciosamente erguida; mi alma fijada a mis pies y al cuerpo, me da placer en la vida.

Al bailar, ardiente y vigorosa trabo una lucha con mi compañero: me acerco y lo incito, me retiro y lo desdengo, giro en su derredor y lo provocho, le hago una mudanza silenciosa y lo inflamo. Me le vuelvo a acercar, rozo levemente mi pecho agi-

tado al de él para exaltarlo, fascinarlo y subyugarlo. Lo cautivo con movimientos provocativos y mis ojos que brillan de embeleso, mi nariz se dilata, mis labios se entreabren, mi pecho jadea, mis miembros palpitan. Las oleadas de mis enaguas reparten mis deseos en los otros, enloquecen de amor a los mirones que ya nos hicieron rueda, se han quedado inmóviles, con la boca abierta contemplan la seducción y el arrobamiento de mis movimientos.

Palomita, qué andas haciendo
parada en esa pared,
esperando a mi palomo
que me traiga de comer.

Los músicos también se exaltan ante el rito, sus cuerdas me rinden tributo, se humillan ante mis ruegos sensuales y sugerentes. Hoy me voy a dar gusto con él. ¡Yo elijo! Mi boca y cuerpo están como la tierra húmeda, seductora y ansiosa. Cae la tarde, volvemos a las canoas, la alegría fugaz dejó vacío el corazón. Nos dispersamos silenciosos, regresamos a la rutina, a nuestras casas, yo estoy más contenta y animada. El sol se pone detrás de la montaña y tiñe con su tinta los altos montes, a lo lejos, las torres de la ciudad, entre el polvo que levantan los coches, se empiezan a iluminar. Camino y reposo mi mejilla sobre el hombro protector que entre voces al oído, largas miradas y abrazos, me lleva a casa.

No se me hizo con la indita ni con la cruz, pero sí con una cartera. Trae sus riales y una foto con sus generales: Casimiro Castro, Independencia 8. ¡Chin! para que la vi, ojalá y no me dé mala suerte. Mejor tiro todo, menos los riales

Todo eso vieron mis ojos. Es todo lo que tengo que confesar, Monseñor, déme la absolución: *-Absolvo tibi. In nomini patri et filii et spiriti sancti. iRequiescat in pace!*■

BIBLIOGRAFÍA

- Arreola, Juan José y Lilian Scheffler (1996) *México ¿Quieres tomarte una foto conmigo?*, México, Procuraduría Federal del Consumidor.
- Arróniz, Marcos (1991) *Manual del viajero en México*, México, Instituto Mora.
- Barros Cristina y Buenrostro Marco (1994) *¡Las once y sereno! Tipos mexicanos siglo XIX*, México, CONACULTA-FCE.
- _____ (1987) *Bosquejos de México S. XIX, Colección de grabados y litografías del Siglo XIX*, México, Banco de México.
- Calderón de la Barca, Madame (1997) *La vida en México*, México, Porrúa.
- Frías y Soto, Hilarión, “El aguador” en (1997) *Los mexicanos pintados por sí mismos*, México, CONACULTA.
- _____ (1984) *Vulcano. Album fotográfico*, México, INBA-Premiá editora.
- Kolonitz, Paula (1984) *Un viaje a México en 1864*, México, Lecturas Mexicanas.
- Jiménez Codinach, Guadalupe (1996) “Casimiro Castro y sus alrededores” en *Casimiro Castro y su taller*, México, Instituto Mexiquense y Banamex.
- Lameiras, Brigitte B. de (1973) *Indios de México y viajeros extranjeros*, México, SepSetentas.

- Mayer, Roberto L. (1996) “Nacimiento y desarrollo del Álbum. México y sus alrededores”, en *Casimiro Castro y su taller, México y sus alrededores*, México, Banamex.
- Monsiváis, Carlos (1981) *Escenas de pudor y livianidad*, México, Grijalbo.
- Pérez Escamilla, Ricardo (1996) “Casimiro Castro. Por los frutos conoces el árbol, a México por sus artes”, en *Casimiro Castro y su taller, México y sus alrededores*, México, Banamex.
- Viqueira Albán, Juan Pedro (1987) *¿Relajados o reprimidos? Diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el siglo de las luces*, México, FCE.

MÚSICA

- (1992) *Abrego y Picazo & Rosales y Robinson, Música del 900*, Archivo histórico Testimonial.
- (1985) *La resistencia popular. Canciones de la revolución de Independencia*, Voz viva UNAM.
- (1995) Nesh-Kala, “El chuchumbé” en *La música prohibida por la inquisición*, Tlalli y Radio Educación.